

✠ Si conocieras el Don de Dios... ✠ Si Scires Donum Dei...

“... que los cristianos de hoy vuelvan a encontrar la conciencia de la decisiva importancia de la celebración dominical y que sepamos sacar de la participación en la Eucaristía el empuje necesario para un nuevo compromiso en el anuncio al mundo de Cristo «nuestra paz»”.

—Benedicto XVI



Jesús, ven a mí...

En el siglo 18 y 19, cuando los estados de Europa vieron a muchos países de Asia y África como sus colonias, llegaron a esas tierras también muchos misionero. A través de sus centros misioneros, escuelas e internados llevaron a los pueblos lejanos muchos valores culturales y el tesoro de la fe. A los poderes coloniales los indígenas los consideraban como explotadores. A los misioneros se les veía como amigos y colaboradores.

En aquel entonces unos religiosos habían construido un centro misionero al borde de la jungla. Para protegerlo contra los animales salvajes lo habían rodeado de fuertes troncos como para formar una cerca. Invitaron a los niños de los pueblos cercanos a la escuela. También se ofreció a las mujeres y a los hombres todo tipo de instrucción. En pocos años lograron que gran parte de la gente había sido bautizada. Para el pueblo habían construido un pozo grande y profundo y habían proporcionado todo tipo de herramientas para la agricultura. Por ello se superaron catástrofes de hambre y sed que generalmente se sucedían cada tantos años.

Sin embargo muchos de ellos no habían aceptado la fe cristiana. El motivo: el brujo. Donde podía azuzaba a la gente contra los misioneros. El cacique le prestaba atención. No permitió que sus hijos y sus soldados fueran bautizados. Pero dejó que su hijo mayor asistiera a la escuela de los misioneros. Este muchacho de 12 años era muy dotado y aprendió fácilmente. Al mismo tiempo, era una persona de mucha vida interior. Así creció en él un anhelo profundo de recibir el bautismo. Su padre, sin em-



bargo, se lo impidió con amenazas crueles.

Llegó el día de la primera comunión. Un grupo grande de niños se había preparado. Al hijo del cacique le hubiera gustado muchísimo recibir la primera comunión. Pero estaba excluido. En solemne procesión los niños salían de la escuela y se dirigieron al templo atravesando el jardín. El hijo del cacique tenía el privilegio de llevar un estandarte. Continuamente rezaba en su corazón: “Jesús ven a mí, cuánto anhelo que vengas”. De repente se oía una estampida y silbidos. Todos sabían enseguida: el cacique está atacando a la misión con sus guerreros. Se veía las cabezas de los que querían saltar por encima de la cerca. Ya se veía como las flechas envenenadas pasaban por encima de las cabezas de los niños. Estos se refugiaron en la cocina donde estaban a salvo. Los hermanos legos dispararon su escopeta al aire. El ruido asustó a los guerreros que huían.

Pocos habían visto que el que llevaba el estandarte había caído en las gradas del templo. Una flecha había penetrado su espalda. Respiraba con dificultad. El veneno estaba bloqueando la respiración. Solamente viviría diez o quince minutos. Los misioneros lo llevaban al templo y lo acostaron allí. Al inclinarse sobre él escucharon como susurraba: “Jesús ven a mí...” Luego dijo con fuerte voz. “Por favor, bautizar”. Todos los niños rodeaban al hijo del cacique. Uno de los misioneros trajo el agua bautismal y lo bautizó. Otro trajo el santísimo sacramento y dijo: “He aquí el Cordero de Dios”. Con esfuerzo dijo el muchacho: “¡Jesús, ven!” Una vez que recibió la Hostia, rezó suavemente: “Jesús, ¡cuánto Te amo!” Luego murió. Su anhelo había sido saciado. Había recibido al Salvador. Estaba con Él para siempre.

“El cacique huyó”, contaban los moradores del pueblo. Con su flecha había matado sin querer a su propio hijo. Cuando se dio cuenta, se alejó. La gente expulsó al brujo del pueblo. Cuando oscureció el cacique fue en secreto donde los

misioneros: “Mi hijo me llama. Adónde voy escucho la voz de mi hijo. Por eso estoy aquí”. Unas semanas más tarde el cacique fue bautizado. Dijo: “Ahora estoy unido nuevamente con mi hijo en una sola familia”. También él había alcanzado su meta.

(Fuente: *La Santa Misa en 62 Historias, Misioneros del Sagrado Corazón*)

“Sin el Domingo no podemos vivir”

(Tomado de la Homilía de Benedicto XVI al clausurar el XXIV Congreso Eucarístico Nacional Italiano, 29.5.2005)

“El tema escogido, «Sin el domingo no podemos vivir», nos remonta al año 304, cuando el emperador Diocleciano prohibió a los cristianos, so pena de muerte, poseer las Escrituras, reunirse el domingo para celebrar la Eucaristía y construir lugares para sus asambleas. En Abitene, pequeña localidad en lo que hoy es Túnez, en un domingo se sorprendió a 49 cristianos que, reunidos en la casa de Octavio Félix, celebraban la Eucaristía, desafiando las prohibiciones imperiales. Arrestados, fueron llevados a Cartago para ser interrogados por el procónsul Anulino.

En particular, fue significativa la respuesta que ofreció Emérito al procónsul, tras preguntarle por qué habían violado la orden del emperador. Le dijo: «*Sine dominico non possumus*»—sin reunirnos en asamblea el domingo para celebrar la Eucaristía, no podemos vivir. Nos faltarían las fuerzas para afrontar las dificultades cotidianas y no sucumbir. Después de atroces torturas, los 49 mártires de Abitene fueron asesinados. Confirmaron así, con el derramamiento de sangre, su fe. Murieron, pero vencieron: nosotros los recordamos ahora en la gloria de Cristo resucitado.

Tenemos que reflexionar también nosotros, cristianos del siglo XXI, sobre la experiencia de los mártires de Abitene. Tampoco es fácil para nosotros vivir como cristianos. Desde un punto de vista espiritual, el mundo en el que nos encontramos, caracterizado con frecuencia por el consumismo desenfrenado, por la indiferencia religiosa, por el secularismo cerrado a la trascendencia, puede parecer un desierto tan duro como ese desierto «grande y terrible» (Deuteronomio 8, 15) del que nos ha hablado la primera lectura, tomada del Libro del Deuteronomio. Dios salió en ayuda del pueblo judío en dificultad con el don del maná para darle a entender que «no sólo de pan vive el hom-



“Vivir la Santa Misa es permanecer en oración continua; convencernos de que, para cada uno de nosotros, es éste un encuentro personal con Dios: adoramos, alabamos, pedimos, damos gracias, reparamos por nuestros pecados, nos purificamos, nos sentimos una sola cosa en Cristo con todos los cristianos”.

—San José María Escrivá
Es Cristo que Pasa

bre, sino que el hombre vive de todo lo que sale de la boca del Señor» (Deuteronomio 8, 3). En el Evangelio de hoy, Jesús nos ha explicado cuál es el pan al que Dios quería preparar al pueblo de la Nueva Alianza con el don del maná. Aludiendo a la Eucaristía, dijo: «Éste es el pan bajado del cielo; no como el que comieron vuestros padres, y murieron; el que coma este pan vivirá para siempre» (Juan 6, 58). El hijo de Dios, haciéndose carne, podía convertirse en Pan y de este modo ser alimento de su pueblo en camino hacia la tierra prometida del Cielo.

Tenemos necesidad de este Pan para afrontar los esfuerzos y cansancios del viaje. El domingo, día del Señor, es la ocasión propicia para sacar fuerza de Él, que es el Señor de la vida. El precepto festivo no es por tanto un simple deber impuesto desde el exterior. Participar en la celebración dominical y alimentarse del Pan eucarístico es una necesidad para el cristiano, quien de este modo puede encontrar la energía necesaria para el camino que hay que recorrer. Un camino que, además, no es arbitrario: el camino que Dios indica a través de su ley va hacia la dirección inscrita en la esencia misma del hombre. Seguirlo significa para el hombre realizarse a sí mismo, perderlo es perderse a sí mismo...”